

Al Santo Redentor Del Olvido

<<¿Es el hombre un fallo de Dios o Dios
un fallo del hombre?>>

Friedrich Nietzsche

PROLOGO

Sobre los rieles oxidados del olvidado ferrocarril que mucho tiempo atrás unía la ciudad de Quito con la ciudad de Sangolquí, yace el cuerpo de un encorvado hombre, si bien podría llamarse hombre apenas por su aspecto, puesto que no haya emoción alguna que lo conserve ni al menos lo manipule.

—*¿Abre encontrado la felicidad?* —Fantasea alguna parte de su cuerpo mientras se aleja del inconsciente. Sus labios solo se abren para escupir la espesa y azulada saliva que termina por empapar su alargada barba.

No hay quien pueda ni intente salvarlo porque él no está perdido. Tampoco existe cosa alguna que lo perturbe.

El viento golpea del oeste y agobia la maleza seca, azotada por el fuerte verano, y de la tierra pedregosa desprende cristales de polvo que envuelven en ligeras capas el traje aluminado y el desgredado cabello de aquel medio hombre moribundo que no hace más ruido que el resollar acelerado y constante de su nariz. Sus ojos ya no ven porque no se ha dado la obligación de abrirlos, apenas levanta su encorvado cuerpo con una levedad prematura para dar sus primeros pasos. Su nueva desahuciada vida. No hay quien pueda saber a dónde lo llevarán sus pies, si él mismo ya ni siquiera conoce ni desconoce.

Avanza, por momentos pesadamente ligero, torpe y zigzagueante, otras veces da pasos largos como quien no tiene fronteras. Aunque no encuentra ritmo avanza sin

detenerse, ni siquiera el enervante calor del día lo detiene, ni la helada noche que pronto cae junto a una espesa neblina; tan espesa que disfraza todo lo que la oscuridad no consigue ocultar, aun cuando la noche se vuelve más oscura.

Pronto, con la ya extinta caída de la noche, el sol vuelve asomar por el horizonte y el agobiante calor resurge nuevamente. Mientras la respiración pausada y tenas del medio hombre no pierde su ritmo, sagaz sonido que pronto empieza a confundirse entre el ruido del llanto de una cercana ciudad, la ciudad de Sangolquí; rodeada entre pasto verdozo y árboles secos, apenas uno que otro madero consigue sostener las ultimas hojas de sus ramas raída, mientras el pasto verde parece ser lo único vivo del lugar, salvo por la voz de un niño que se deja oír desde el interior y que a gritos se dirige al extranjero;

—*¡El señor Edmundo está de vuelta!*

HENRY

Mayo...

Faltaba poco para que los primeros rayos del sol surcaran el horizonte y para que Henry se desprendiera de las sábanas, y empezara su día como lo venía haciendo desde hace diez y seis años. Pero silencioso y desierto, hoy había sorprendido a la noche; estaba tumbado en la cama con los ojos abiertos, mirando al techo sin ver. Había pasado así toda la noche, incluso en esa misma posición, apenas había conciliado el sueño por un corto lapso que le había parecido un pestañear.

<<*Nadie está dispuesto a continuar así*>> —susurraron sus labios a sus oídos—. <<*Nadie puede continuar así*>>

Sus manos sostenían un frasco níveo, sin descripción ni instrucciones de uso, apenas tenía una frase (entre

garabatos y en letras minúsculas que destellaba en la oscuridad con un amarillo fluorescente) que decía; *capsulas para un buen despertar.*

Tomo dos capsulas y las ingirió a secas.

Como era habitual en cada mañana, revisó también su agenda; esta era un pequeño calendario, usado como folleto de identidad en dónde registraba su día a día. Esta peculiar agenda era un “obsequio” decía el gobierno, dado por ellos al termino de cada año, para que olvidaran, aunque resultara irónico, ya que al final de cada año era presuntamente desintegrada por el mismo gobierno.

Fue entonces que al abrir dicha agenda una sensación de desconcierto lo embriagó. Llegó a notar inevitablemente que una **I** enorme y en negrilla cubría el día 24 del mes de mayo. Sabía bien que aquella **I** significaba inventario, pero no era el inventario lo que le agobiaba sino el día, la fecha misma le traía un mal recuerdo, o como lo llamaría el gobierno en una de sus enmiendas “un pecado”. **Un recuerdo es un pecado.* Ese mismo gobierno que desde hace diez y seis años lo había instalado como gestor en Acuavida; una empresa delegada a producir y distribuir bebidas.

La madrugada pasó de estar cálida a gélida lo cual empezaba a enfriar ferozmente sus pulmones, por el hecho de sufrir o “apoderarse” (como prefería llamarlo ante los demás) de una extraña condición pulmonar que lo hacia muy susceptible al frio, había culpado de esto a las fallas que el aire acondicionado de su habitación